

Emilio Alarcos Llorach

La lingüística hoy

Santander, UIMP, 1976.

Exponer el estado actual de cualquier ciencia en el reducido espacio de una hora escasa resulta muy difícil, porque o se corre el riesgo —si se quiere ser completo— de ensartar una copiosa y mareante nómina de autores y problemas, o —en aras de la claridad— se limita uno a lo más característico y fundamental. Forzados a elegir, hemos preferido esta segunda actitud, con lo cual el panorama que vamos a presentar ofrecerá sólo los rasgos más salientes del relieve. Por otra parte, como uno es siempre subjetivo cuando trata de los asuntos propios, mi visión de la lingüística de hoy adolecerá inevitablemente de las deformaciones inherentes a la perspectiva que permite la colina en que estoy situado. Con estas salvedades, me excuso de antemano de mis omisiones y de mis interpretaciones.

La lingüística es una ciencia joven. Quiero decir que es una ciencia que sólo en los últimos cien años ha conseguido —y todavía, me parece, no con toda precisión— puntualizar su objeto de estudio. Es cierto que la observación más o menos metódica del lenguaje es

tan antigua como las culturas orientales, hindúes y mediterráneas: chinos, indios y griegos realizaron profundos avances en la lexicografía, en la fonética, en la gramática. Pero los fines que perseguían con tales estudios no eran propiamente lingüísticos, sino en primer lugar religiosos o retóricos para conservar en su estado originario los textos sagrados o las producciones clásicas. En consecuencia, toda la lingüística occidental, desde los tiempos romanos, a través de la Edad Media y el Renacimiento, hasta el siglo XVIII, fue esencialmente prescriptiva, pues proponía unos modelos a que el habla cultivada debía ajustarse. En el siglo de la Aufklärung, el redescubrimiento del sánscrito produjo una nueva tendencia en la observación de las lenguas. A partir de entonces se trató de consignar las semejanzas y parentescos entre ellas y, en seguida, al tenerse en cuenta el factor temporal, surgió la lingüística histórica, que se preocupaba de examinar y explicar en parte las transformaciones que conducían desde una lengua antigua dada hasta las lenguas coetáneas.

Así se llega a nuestro siglo con dos orientaciones divergentes: la intención normativa, alentada por las academias y cultivada por dómines más o menos puristas y más o menos objetivos, y la metodología histórica, positivista y muy pagada de sí misma, que consideraba sus propios métodos e intereses como la única lingüística digna de tal nombre. Aunque

las aportaciones de unos y otros sean valiosas. aunque implícitamente estos autores estudiaban la lengua, sus presupuestos lógicos, psicológicos, normativos o históricos ocultaban los límites y la esencia del objeto que pretendían observar. Ciertamente que somos deudores, en nuestro siglo, de la labor de gramáticos y comparatistas como el Brocense, o Bello, o Humboldt, o Meyer-Lübke, que muchas de sus opiniones están de acuerdo con las doctrinas que profesamos hoy día. Pero es evidente que el deslinde preciso del objeto de la lingüística, esto es, la lengua, sólo se llevó a cabo en el tránsito del siglo pasado al nuestro, gracias sobre todo a las especulaciones teóricas del ginebrino F. de Saussure.

La lengua como objeto autónomo de estudio no consiste en una trasposición de las categorías lógicas del pensamiento, ni en un mero reflejo de las actitudes psicológicas del usuario, ni en un código preceptivo a que debe obedecer el hablante, ni en el resultado imprevisible pero obligado de las modificaciones que impone el transcurso histórico. La lengua es una institución humana, como las leyes, las costumbres, etc., y, como tal, producto de un convenio de la sociedad que la utiliza. No es objeto natural, sino un objeto histórico y humano. En segundo lugar, es un instrumento de comunicación. Gracias a ella los humanos nos intercambiamos nuestras vivencias y experiencias, bien como pura exteriorización de lo que pensamos, sentimos, imaginamos u obser-

vamos, bien con la premeditada intención de actuar sobre nuestros semejantes. Tal instrumento, para que cumpla sus fines, debe estar constituido de manera que todos los usuarios conozcan cómo es y cómo funciona, de qué partes consta y para qué sirve cada una. Es, pues, la lengua un conjunto de elementos relacionados entre sí, lo que llamamos una "estructura", un "sistema". Este sistema organizado de elementos, conocido por todos los componentes de una comunidad humana, es como un fichero del que cada uno de los hablantes extrae las piezas necesarias para construir los decursos con que manifiesta sus mensajes a los interlocutores.

He aquí lo que constituye el estricto objeto de la lingüística: el instrumento mediante el cual nos comunicamos. No es lingüístico lo que comunicamos (todo ello sería objeto de muy variadas ciencias), sino el cómo y con qué lo comunicamos. Ahora bien, como tal instrumento no es material, lo podemos captar exclusivamente por sus resultados, por sus productos, es decir, los decursos fónicos reales, las manifestaciones concretas en que hablamos unos y otros. El objetivo de la lingüística, pues, será estudiar esas infinitas manifestaciones concretas de habla, discernir en ellas los elementos sucesivos que las componen, las relaciones que se establecen entre ellos, clasificar esas unidades y conseguir así establecer su inventario, el sistema, la estructura del instrumento de comunicación que es la lengua.

Esas unidades desgajadas en el análisis son de dos tipos. Unas se manifiestan como sonidos sucesivos en el decurso; combinados en determinado orden y número constituyen significantes, los cuales poseen la particularidad de estar asociados a una significación, a un significado. La asociación de significante y significado es lo que llamó Saussure *signo*.

Las primeras unidades son sólo distintivas, forman un inventario limitado y se caracterizan porque cada una de por sí no alude a ningún significado, sino sólo los distinguen y se manifiestan —repetimos— como sonidos, como combinaciones simultáneas de rasgos fónicos. Los signos, en cambio, se manifiestan como combinaciones de elementos fónicos sucesivos y, a la vez, hacen referencia a un contenido, a un elemento de la realidad —vivencia, experiencia, etc.— que queremos comunicar. Son unidades significativas, tienen una significación. Pero la significación no consiste en el objeto de la realidad que se quiere comunicar, sino simplemente en el hacer referencia a esa realidad. No hay que confundir la significación, el hacer referencia a algo, con el algo a que se hace referencia.

El instrumento que es la lengua, pues, organiza o conforma unos objetos materiales, los sonidos, de manera que signifiquen, que hagan referencia a nuestra vivencia e interpretación de la realidad(o lo que creemos tal). Lo propio de la lengua, lo lingüístico, no son los sonidos en sí, ni las referencias del men-

saje, sino la organización, la conformación que se efectúa sobre los sonidos y sobre las vivencias humanas. De ahí que la lengua sea un instrumento formal, una forma de clasificar la realidad.

Esta concepción de la lengua, derivada de Saussure, con matices más o menos discrepantes, ha servido de modelo para otras ciencias humanas que hasta ahora tampoco habían delimitado estrictamente su objeto. No es ésta la ocasión de examinar la influencia de la lingüística en otras disciplinas, como la antropología, la sociología, la literatura o el arte. Pero es evidente que ha proliferado el uso de "estructura", "sistema", "signo" y demás términos lingüísticos en los estudios de esos otros campos, si bien resulta peligrosa la trasposición literal de tales conceptos. El contagio era inevitable, puesto que la lingüística ha sido la primera ciencia humana que ha conseguido un cierto aire de rigor quasimatemático, y porque en este nuestro siglo parece creerse que lo único serio y digno de encomio es la labor científica de aspecto exacto y algebraico, a base de axiomas, postulados y corolarios. Por ello, al contemplar las tareas lingüísticas en lo que va de siglo, podemos pensar con fundamento que nunca nuestros estudios habían conseguido un número tan elevado de cultivadores y acólitos. La producción lingüística es abrumadora; de Norte a Sur y de Oriente a Occidente se publican revistas dedicadas a la

lingüística y nadie es ya capaz de estar al tanto de todo lo que se escribe.

Pero este auge y florecimiento se combinan con el confucionismo mayor que ha podido darse nunca. Aunque implícitamente haya un cierto acuerdo de base en cuanto a lo que sea la lengua, la realidad es muy distinta. Casi cada lingüista esgrime su propia teoría e ignora a sabiendas las de los demás; cada escuela se escinde en grupos y subgrupos, y ello a una velocidad que impide la estabilización de cada una de las teorías. Todavía más; la afición a utilizar términos unívocos que eviten la ambigüedad y la identificación con los términos más o menos análogos de otras teorías, ha llevado a un galimatías terminológico de tal naturaleza que prácticamente la comunicación entre lingüistas de tendencias encontradas es tan imposible como en la torre de Babel o, en el mejor de los casos, obliga a un esfuerzo de interpretación que no compensa en absoluto. Esta situación se explica, en general, porque al lingüista, como a todo hombre "honrado y principal", le conviene "defendella y no enmendalla", y además porque a diferencia de lo que ocurre con otras ciencias de aplicación práctica, como la medicina, o la arquitectura, o la astronáutica, las equivocaciones y los errores en lingüística no ponen nunca en peligro la vida del prójimo. La lingüística es una ciencia de adorno, y por ello sus cultivadores pueden permitirse el lujo de

persistir en sus trece e inventar las reglas del juego que les plazca.

Otra consecuencia de haberse convertido la lingüística en la primera disciplina casi exacta de las humanidades aparece en la creciente afición a presentar los resultados de la investigación sobre la lengua "more algebraico". El temor a utilizar términos ambiguos conduce a sustituirlos por símbolos y siglas convenientemente definidos. Pero como inevitablemente el lector los traduce a palabras de la lengua corriente, no siempre se evitan las confusiones, porque a la hora de interpretar las secuencias de aspecto algébrico se han olvidado las limitaciones indicadas por la definición y se identifican los símbolos con los contenidos de la palabra tradicional correspondiente. Por otra parte, el lector poco avisado puede creer que la visualización que ofrece el gráfico es un trasunto de la realidad lingüística que se quiere ofrecer, y así pensar que el gráfico o la fórmula son la pura realidad. Con ello es cierto que se consigue una economía espacial considerable, pero, inversamente, es mucho mayor el costo temporal para descifrar e interpretar tales presentaciones. Si la lingüística es una ciencia humana, nos parece que a trueque de adquirir una presunta aureola de mayor rigor científico, no debe renunciar a seguir utilizando para expresar sus verdades, que no son exactas, sino humanas, el instrumento habitual para expresar lo humano, es decir, la lengua.

Tras estas consideraciones generales, tratemos de esbozar el panorama de la lingüística en estos momentos. Según decíamos, no hay unidad y siguen conviviendo las orientaciones tradicionales con las nuevas y con las más recientes y aparatosas tendencias. Descontamos, naturalmente, las gramáticas de tipo normativo, que orientadas por fines pedagógicos, deben recomendar con mayor o menor dogmatismo, según su destino, una norma modélica.

En primer lugar es cuantiosa y excelente y necesaria la labor de los herederos de la lingüística histórica del siglo pasado. Las modernas tendencias estructurales, en sus variedades más equilibradas y objetivas, no la han desdeñado en absoluto; bien al contrario, introduciendo los conceptos de diacronía, de dinamismo, de economía y, claro es, el de sistema, la han remozado y la han convertido en parte esencial de los estudios lingüísticos. Es cierto que muchos trabajos lingüísticos diacrónicos se limitan sólo a examinar a la manera positivista los aspectos evolutivos de las lenguas. Pero siempre tales estudios son imprescindibles para que el diacronista moderno opere con sus nuevas interpretaciones. Son imprescindibles, porque los actuales lingüistas suelen ser más aficionados a la especulación teórica que a la recogida de datos concretos. Lo mismo puede decirse de los trabajos de la dialectología tradicional, rama derivada de la lingüística positivista. Aunque en ocasiones,

cada vez con menor frecuencia, el dialectólogo se limite a la recogida de materiales, su labor es verdaderamente científica y útil. Son el necesario correctivo que evita las brillantes especulaciones teóricas sobre el papel. Me parece que en este campo de trabajo aparentemente tradicional es donde las nuevas tendencias han encontrado soluciones más sólidas. La combinación de los viejos métodos y la prudente dosis de estructuralismo ha llegado a resultados convincentes. Compárense, por ejemplo, las antiguas explicaciones en que se hacían entrar las misteriosas influencias de los llamados sustratos, superstratos y adstratos con las nítidas aclaraciones que aporta la consideración del bilingüismo y de las lenguas en contacto. Aquí es donde se ha puesto de manifiesto cómo las explicaciones estructurales y las históricas no se contradicen, porque todo hecho de lengua, por pertenecer a una lengua, es estructural, pero, a la vez, como inserto en el decurso histórico de la comunidad que la habla, es también un hecho histórico. Cuando la explicación falla es porque desconocemos o las circunstancias históricas o los datos estructurales.

La lingüística diacrónica, así, es uno de los dos campos en que se escinde el estructuralismo, y casi se puede afirmar que es de exclusivo cultivo europeo o influido por europeos. La diacronía, aparentemente descalificada como ciencia propiamente lingüística en el Curso de Saussure, fue desde muy pronto reinser-

tada como objeto idóneo por las corrientes estructuralistas derivadas del Círculo de Praga, ya en los años veinte por Jakobson y luego, magistralmente, por Martinet, al que han seguido otros autores. Vale la pena recordar cómo un viejo y glorioso maestro positivista supo en sus postrimerías aprovechar este nuevo enfoque. Me refiero a don Ramón Menéndez Pidal, cuya obra, en especial los *Orígenes del español*, fue apreciada y elogiada por el lingüista francés, sorprendido de que un trabajo a primera vista tan localista alcanzase una dimensión teórica de superior categoría. Ello se debe a que las explicaciones históricas de don Ramón se basaban en datos concretos, en datos estructurales de las lenguas o dialectos que estudiaba. A pesar de estos logros, no es la lingüística diacrónica, hoy día, la que aparece en primer término del panorama de nuestros estudios. No sé si por motivos generacionales, la lingüística diacrónica no cuenta con muchos adeptos entre los que no han llegado a los cincuenta años. Los jóvenes parecen más propensos a la elucubración teórica o aplicada a la sincronía.

La lingüística diacrónica se puede exponer en breve esquema diciendo que considera las lenguas como estructuras, sí, pero no inmutables, puesto que sólo no cambian —como dice Coseriu— las lenguas muertas, y cambian porque son históricas y sujetas a la mutación como toda institución humana y el hombre mismo, que es histórico. Entonces, a diferencia

de la precedente lingüística histórica, busca explicaciones a los cambios estructurales del sistema en su conjunto, y no persigue sólo transformaciones de elementos aislados a lo largo del tiempo. Estas explicaciones se basan en el desequilibrio, en la inevitable tensión, entre las imposiciones de la estructura y las necesidades expresivas del hablante, condicionadas por innumerables factores, todos forzosamente históricos.

El otro campo en que se aplica el estructuralismo es el de la sincronía, como lo denominó Saussure. Una lengua es un sistema de unidades de diverso tipo que funcionan en una determinada comunidad para el intercambio entre sus hablantes. Es en este campo donde las tendencias teóricas presentan mayores discrepancias. Dos caminos esenciales podemos distinguir: uno, el europeo, todavía vigoroso y que probablemente persistirá, a pesar de los injustificados ataques de los últimos teóricos; otro, el norteamericano, casi ahogado hoy bajo las impetuosas avenidas de la nueva ola.

El estructuralismo europeo proviene directamente de las enseñanzas de Saussure, con algunos influjos de los lingüistas eslavos. Fueron precisamente eslavistas los que primero consiguieron crear un cuerpo de doctrina coherente de orientación estructural. Me refiero al Círculo Lingüístico de Praga, que en los años veinte, sobre todo merced a la labor de Trubetzkoy y Jakobson, consiguió establecer

sólidamente sobre los nuevos principios la doctrina referente a la manifestación fónica de la lengua. Era natural que fuese la fonología el primer logro de las nuevas tendencias y que los postulados y enfoques de esta parte de la lingüística sirviesen luego de modelo para el estudio de los otros aspectos de la lengua. Con las correcciones oportunas de las investigaciones ulteriores, la fonología quedó firmemente como el estudio de las unidades distintivas del sistema. Conceptos como los de fonema, neutralización, oposición, conmutación, etcétera, se han difundido definitivamente. Más dificultoso se presentaba el análisis de las otras unidades de la lengua, las significativas, los signos, puesto que en primer lugar no constituían un inventario finito como el de los fonemas, y además por su carácter complejo, el de ser unidades expresadas fónicamente con un significante y contener una significación. Todavía algunas de estas unidades, las que hacen referencia a los llamados valores gramaticales, se presentan en número limitado y por ende organizables con relativa facilidad. Pero las más, las que en su significación aluden a los infinitos objetos de la realidad, a las infinitas vivencias del hombre, resultan un inacabable inventario de unidades de muy complicada clasificación.

Una posición que desarrolla consecuentemente las ideas de Saussure es la que adoptó el danés Hjelmslev y le llevó, en un proceso de abstracción paulatino, a su concepción de una

teoría lingüística a que llamó Glosemática. En cierto modo era como un consciente empeño de discrepar de la fonología praguense, huyendo de lo que unía a ésta con la fonética precedente, y de establecer una especie de álgebra en que sólo se atendería a lo que se consideraba estrictamente lingüístico, lo formal. A pesar de las dificultades de la empresa, a pesar de que realmente no se puede prescindir en el estudio lingüístico de la manifestación concreta fónica de la lengua, es evidente que de la rigurosa construcción teórica de Hjelmslev no puede olvidarse hoy su doble distinción de forma y sustancia y de expresión y contenido, con cuya intersección aparecen los cuatro planos esenciales de la lengua: la sustancia de expresión fónica, con que se manifiesta la lengua; la forma de expresión, u organización sistemática que a la sustancia fónica de cada lengua, estableciendo un inventario de unidades distintivas; la forma de contenido, u organización que los signos imponen a la realidad comunicable, y finalmente ésta, el continuum de la sustancia del contenido. Es claro que lo propiamente lingüístico son ambas formas, pero hay que tener en cuenta que la forma de expresión se manifiesta mediante sonidos y que la forma de contenido (la significación) manifiesta la sustancia semántica del contenido. Nos interesan ambas sustancias en cuanto las dos son sustancias conformadas por la lengua. También debemos mantener la otra distinción de

Hjelmslev entre sistema (o esquema) y decurso, mucho más clara que la relativamente confusa entre lengua y habla, y su consecuencia: el atender a las relaciones sintagmáticas de las unidades en el decurso para establecer los inventarios o paradigmas equifuncionales de ellas y considerar sus relaciones opositivas o paradigmáticas.

En relación con las actitudes derivadas de la doctrina del Círculo de Praga se encuentra la labor de Martinet, al que aludimos al tratar de la diacronía. Posiblemente la posición metodológica del lingüista francés sea la más equilibrada y realista de cuantas están hoy vigentes, y sobre todo la más claramente expuesta, por ejemplo en sus *Elementos de lingüística general*. La idea central consiste en considerar la lengua como doblemente articulada. Hay una primera articulación, la de las unidades significativas, los signos, que evita que los enunciados lingüísticos sean globales como las interjecciones, y permite analizar las experiencias en elementos menores recurrentes, y una segunda articulación, en que por los mismos motivos económicos, los significantes o expresiones resultan de la combinación de elementos discretos menores que son distintivos. En el análisis de la lengua debemos partir de las manifestaciones concretas orales, la cadena hablada o decurso, y por el procedimiento de la con-mutación se desgajan las unidades distintivas o fonemas, que se oponen gracias a sus rasgos pertinentes fónicos.

Análogamente, se establecen las unidades significativas mínimas, o monemas, los signos mínimos, y se analizan en sus dobles componentes del significante (lo que haría la morfología o como quiera llamársela) y del significado. Me parece, sin embargo, que en el análisis de Martinet se atiende más al signo en su conjunto (asociación de significante y significado) que a la cara significada del signo. Es evidente que los signos se distinguen entre sí por las diferencias de sus significantes, pero, una vez sabido que dos signos son distintos, las diferencias fónicas entre sus significantes no deben importarnos para determinar los contenidos o significados que han quedado distinguidos. Martinet hace hincapié en la función que unas y otras unidades desempeñan en el decurso, y de ahí su preferencia por llamar a su concepción funcionalismo, anteponiendo este rasgo al estructural, que es su consecuencia forzosa. De todas maneras, toda concepción de la lengua como es en realidad, tiene que ser funcional y estructural. Según lo expuesto, el estudio lingüístico abarcaría primero la fonética y la fonología, relativas a la sustancia y la forma de la expresión; para la sustancia del contenido tendríamos la semántica, y para el análisis de los rasgos pertinentes del contenido (para la forma o valor del contenido) propondría Martinet el término de "axiología".

Algunos lingüistas europeos, más o menos influidos por estas tendencias, se han ocupa-

do particularmente del estudio del contenido, no sólo en el terreno llamado gramatical (relativamente abordable), sino en el campo léxico, mucho más complicado y prácticamente infinito. Han de recordarse en este sentido las investigaciones semánticas de Coseriu, Pottier, Greimas, Luis Prieto, Baldinger y otros.

El estructuralismo americano es en principio independiente y procede ante todo de Sapir y de Bloomfield. Está confinado casi a la sincronía, como consecuencia de que la labor lingüística americana se origina principalmente en la descripción de lenguas indígenas sin tradición escrita. En los continuadores de Bloomfield la preocupación esencial es el limitarse a lo que se nos da: la secuencia fónica. Su análisis en elementos menores no viene dado por la conmutación, puesto que toda referencia al significado parecía adolecer de "mentalismo". Así, para distinguir unas unidades de otras se recurre al criterio distributivo. No obstante, en Bloomfield, el hecho de que anteponga el análisis de la expresión no indica que ignorase el contenido. Fueron sus seguidores los que adoptaron a rajatabla esta actitud ignorante del significado y convirtieron el estructuralismo americano en una pura sintagmática que clasificaba las diferentes unidades simplemente en grupos distributivos. Acostumbrados a estudiar un corpus delimitado, adoptan el mismo criterio cuando analizan lenguas de larga tradición literaria y dejan así fuera de su atención lo que no se inclu-

ye en tal corpus. La semántica, o análisis del contenido, estaba, pues, ausente de este estructuralismo.

La inserción científica de algunos europeos en USA después de la guerra, corrigió parcialmente estos excesos metodológicos. Especialmente el influjo de Jakobson sobre los lingüistas formados en Harvard extendió el funcionalismo binarista e introdujo la atención hacia el aspecto semántico en el estudio de las unidades significativas. No se debe olvidar tampoco la labor de algunos lingüistas americanos, relativamente al margen de los dogmatismos bloomfieldianos, y que por ello mismo ofrecen mucho interés, por ejemplo Pike y Hockett.

Pero lo que ha arrinconado el estructuralismo americano y amenaza con invadir las posiciones de la lingüística de tipo europeo son las tendencias metodológicas iniciadas hace casi veinte años por Chomsky. El auge de su doctrina generativo-transformativa está justificado como reacción violenta al largo predominio de los distribucionistas. Chomsky reivindicaba la importancia esencial del contenido e insistía en que la gramática explique y describa no sólo los materiales de un corpus limitado, sino toda la infinitud de las manifestaciones lingüísticas posibles en una lengua. La doctrina de Chomsky se ha ido precisando y modificando poco a poco, y hoy, sin que ninguno de sus partidarios haya llegado a una formulación definitiva de ella, se ha escindido

en variedades que siguen fluctuando, de acuerdo con el propio adjetivo que las caracteriza: se transforman continuamente sus postulados y se vuelven a "reescribir" (según se dice). Como es sabido, la base de esta doctrina consiste en una reformulación de la dicotomía saussureana de lengua y habla: lo importante es la "competencia" de los hablantes y su "actualización" en los decursos posibles. Lo que resulta más difícil es determinar esa competencia de los hablantes. ¿Cómo saber, pues, el saber de los hablantes? Parece que lo esencial es establecer un modelo de reglas y transformaciones, según el cual se pueden construir, o actualizar, segmentos lingüísticos que sean gramaticales en la lengua dada. Así se entra en largas discusiones bizantinas sobre la gramaticalidad o no de tal expresión. Por otra parte, la terminología utilizada es algo peligrosa. El generar o engendrar secuencias se basa en una imagen que a muchos les hace creer que se está descubriendo el proceso mediante el cual el hablante convierte sus ideas en comunicación fónica, cuando en realidad lo que se expone no es ese proceso real, sino el imaginado que tendría que cumplir una máquina inconsciente que a partir de unos datos semánticos, por sucesivas selecciones de filtros, llegase a la secuencia fónica real. Sea de esto lo que fuere, todas las variedades generativas se basan en los dos conceptos de estructura profunda y estructura superficial, y en la reducción de los niveles lingüísticos a

sólo tres: el componente sintáctico, el semántico y el fonológico. Lo que se pretende es que, conocido el primero, los otros dos elementos sean forzosamente interpretables. Con ello la gramática transformativa vuelve, en cierto modo, a la tradición de los viejos gramáticos, cuya preocupación era el pensamiento que subyacía a las manifestaciones lingüísticas. De nuevo, la expresión queda reducida a lo meramente fonético, y el contenido a lo puramente conceptual del pensamiento. Es decir, lo propiamente lingüístico, las dos formas hjelmslevianas quedan diluidas en el complicado proceso de reglas que conducen de la sustancia psíquica a la fónica. Por otra parte, se da por supuesto el análisis que conduce al establecimiento del modelo de reglas y transformaciones, y todos los chomskyanos parten por decreto de que toda oración consta de un grupo nominal y otro verbal, los cuales, sin que se explique nunca por qué, son el "sujeto" y el "predicado" tradicionales. Se regresa, pues, a un tipo de metodología que deja de ser inmanente, como lo es en el estructuralismo europeo. No digo que la labor generativista no sea científica, lo que pienso es que no es lingüística, puesto que no atiende a la esencia del instrumento lengua, sino a la sustancia conformada por ese instrumento. Finalmente, las arborescencias en que se basa la mayor parte de los chomskyanos no son más que representaciones gráficas de lo que

evidentemente quedaría más claro con palabras.

¿Cuál es, pues, el balance de la ciencia lingüística de hoy? La situación, según hemos visto, es muy confusa a pesar de la brillante y abundante plétora de estudios. No es posible vaticinar, pero, como siempre, sólo perdurará aquello que verdaderamente esté en el punto medio de los extremismos exacerbados.